

150 aniversario del nacimiento del Dr. D. Ramón Gómez-Ferrer. *Gratitud y testimonio*

*Javier Gómez-Ferrer Sapiña**

EXCMO. Y MAGFCO. SR. D. ESTEBAN MORCILLO SÁNCHEZ RECTOR DE LA U. DE VALENCIA.
EXCMO. SR. D. ANTONIO LLOMBART BOSCH PRESIDENTE DE LA REAL ACADEMIA DE
MEDICINA DE LA COMUNIDAD VALENCIANA.
ILMO. SR. D. FEDERICO PALLARDO CALATAYUD DECANO DE LA FACULTAD DE MEDICINA Y
ODONTOLOGÍA.
ILMO. SR. D. AMANDO PEYDRÓ OLAYA SECRETARIO DE LA REAL ACADEMIA DE MEDICINA
DE LA COMUNIDAD VALENCIANA.
SRES. Y SRAS.

Es para mí un honor dirigirme a ustedes, desde esta tribuna del salón de actos de la Real Academia de Medicina de la Comunidad Valenciana, donde me siento un osado al ocupar el lugar destinado a grandes personalidades, si me atrevo a ello, es porque puede en mi el deseo de agradecer en nombre de la familia Gómez-Ferrer y de la Asociación Cultural Ramón Gómez Ferrer a todas las instituciones que han hecho posible este acto académico de reconocimiento a su figura con motivo del 150 aniversario de su nacimiento.

No me corresponde a mí glosar la figura del Dr. Gómez Ferrer, pero sí que me gustaría dejar testimonio de su forma de ser y de pensar.

Si bien es cierto que para nosotros, sus descendientes, es un orgullo que hoy se esté realizando este acto de recuerdo y reconocimiento a su persona, no lo es menos que él, con la humildad que le caracterizaba, habría tratado de impedirlo como ya hizo al conocer que se le iba a tributar un homenaje con motivo de la inauguración del monumento de la glorieta y la entrega del título de hijo predilecto; escribió entonces estas palabras a la Corporación Municipal: “suplico humildemente, pero con toda la energía de que soy capaz, con toda mi alma, que no se autorice ninguna pública manifestación en honor a mi persona”

La humildad fue una cualidad que adornó al Dr. Gómez Ferrer y así se desprende de los innumerables artículos que sobre él escribieron a su muerte quienes bien le conocieron.

Él mismo, en el Paraninfo de la Universidad, con ocasión de la entrega del título de hijo predilecto, dijo:

"Señor Alcalde:

Os saludo y en vos saludo a Valencia con todos los presentes, entre quienes se hallan jefes respetados, maestros venerables, compañeros, discípulos, madres que quisieron mostrar gratitud al médico de niños, que acaso no obtuvo el éxito deseado, pero con ellas sintió y sufrió, y aquellas otras personas que sin ser padres o madres quisieron asociarse a ellas por amor y por este amor merecieron ser padres y este es su mayor elogio”

¿Qué si siento la parvedad del merecimiento? Os diré, para que podáis imaginarlo, que me doy cuenta de que nos hallamos frente a frente en vos representada Valencia entera, figura excelsa que no puede abarcar el pensamiento de un hombre, y un pigmeo que ha temido este momento mucho antes de su llegada, que ha procurado apartar de sí el instante feliz y doloroso a un tiempo, y como en las grandes tribulaciones de su vida, ha tenido que pedir a Dios valor para afrontar la situación y fortaleza para resistir la inmensa pesadumbre de una emoción que anonada, a fin de poder articular pocas palabras que dieran idea de su inmensa gratitud”

En ese mismo acto recordó que si él era algo lo debía a sus padres quienes “le dieron el ser y que esculpieron el ser moral inculcándole el amor a Dios y a los semejantes, con obras y con palabras”

Y del mismo modo que recordó a sus padres no pudo olvidar que si llegó a ser el médico que fue, ello se debió a la desinteresada protección que le ofrecieron a su madre viuda “en el momento de su mayor aflicción aquellos “santos varones llamados D. José y D. Tadeo Sancho” Sobrinos del Marqués de San Juan, quienes hicieron posible que ese niño de 14 años huérfano de padre pudiese convertirse en el médico merecedor de los homenajes que aún hoy se le rinden.

Aquél mismo día, finalizado el acto del Paraninfo, acompañado por el Alcalde y Ayuntamiento en Corporación, hasta su domicilio, ante una multitud que le vitoreaba, azorado pronunció las siguientes palabras:

"Valencianos: No puedo más, mis lágrimas os dirán más que mis palabras. Para vosotros estudiantes, intentaré ser siempre un padre. Para Valencia, mi amor de hijo”

Hoy la Universidad, la Real Academia de Medicina y la Facultad de Medicina de Valencia, quieren rendir homenaje al médico bueno que tuvo para los niños rasgos de abnegación sublime y que dedicó su vida al cuidado de la infancia, especialmente de la infancia desvalida.

No debemos olvidar nunca que el mejor patrimonio que tenemos los valencianos está constituido precisamente por aquellos que con su trabajo y esfuerzo hicieron llegar el nombre de nuestra ciudad a lo más alto de los foros científicos y literarios, siendo reconocidos no sólo en nuestra tierra sino internacionalmente.

Así mismo es de justicia enaltecer la figura de aquellos que dedicaron su tiempo y esfuerzos a los demás hasta el punto de arriesgar su vida por ellos.

Valga pues el ejemplo de este médico valenciano para demostrar a las generaciones presentes y venideras que la mejor forma de trascender más allá de esta vida es entregándose al servicio a los demás, dedicando al prójimo todos los esfuerzos posibles pues sólo esa entrega hace a un hombre merecedor de un puesto de honor en la memoria colectiva. Benjamín Franklin dijo en una ocasión “Si no quieres perderte en el olvido tan pronto como estés muerto y corrompido, escribe cosas dignas de leerse, o haz cosas dignas de escribirse, el Dr. Gómez Ferrer hizo cosas dignas de escribirse, escribió cosas dignas de leerse, y homenajes como el de hoy demuestran que su figura no se perdió en el olvido.

Permítanme concluir con las palabras que Sanchis Bergón le dedicó a su muerte:

“¡GÓMEZ FERRER, HA MUERTO!

Llorad, madres; añoradle, discípulos; bendecid, los pobres, su memoria; inspiraos en su caridad, los creyentes; imitad su noble desinterés, su generoso desprendimiento, su amor al prójimo, los escépticos, y todos rendid el tributo de una lágrima, de una plegaria, de un pensamiento, que también el piadoso recuerdo es oración, a quien, como divino taumaturgo, hizo renacer la vida en vuestro moribundo, al insigne maestro de la medicina, que levantó a la ciencia un altar en su cátedra y convirtió su sala de Hospital en sagrado templo: al sacerdote del bien, que no se limitó a predicarlo como apóstol, sino que lo ejerció como santo.

Triste es morir, pero ¡dichoso aquel cuya muerte deja transido de dolor a todo un pueblo!”

Muchas gracias.